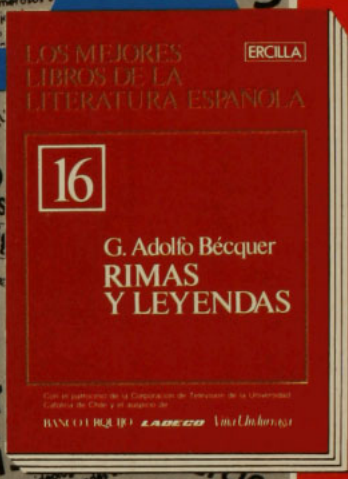
ERCILLA

LIBRO GRATIS



Momento político y económico

- Declaraciones de diversos sectores
- Reunión del CIES
- Entrevista a Jorge Fontaine
- La operación retorno
- Terrorismo y atentados
- Foro sobre el llamado a protesta

Nº. 2.562 - PRECIO: $ 140 - SEMANA DEL 5 AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1984
RECARGO POR FLETE AEREO A I, A II, XI Y XII REGIONES EN DE $ 10

PADRE GABRIEL GUARDA

"Mi gran premio: la vocación"

□ Subprior de los benedictinos, arquitecto y profesor —hoy Premio Nacional de Historia 1984— dice que lo que necesita el mundo de hoy es armonía.

"Si quiere que le diga la verdad, no entra en mi cosmovisión obtener premios nacionales. Yo me saqué el Premio Nacional cuando entré al monasterio. Estas farras de Espíritu Santo que me pego son el premio nacional más gratificante de la Tierra..."

Así respondió cuatro años atrás, cuando en una entrevista ERCILLA le planteó la posibilidad de ser nominado para tal galardón. Hoy sigue pensando lo mismo. Y aunque el Premio Nacional de Historia 1984 lleva ahora su nombre, él todavía no se acostumbra. Esto de convertirse, de un día para otro, en el centro de la noticia, parece ir muy contra su pelo. Su mundo es el del silencio, la oración y el trabajo, a años luz de los halagos y el primer plano.

Mientras caminábamos por los pasillos del Campus Oriente de la Universidad Católica, rumbo a la Facultad de Teología (donde se realizó la entrevista), profesores, alumnos y hasta el propio vicegran canciller, monseñor Jorge Medina, se le acercaron para felicitarlo. El, tímidamente, bajaba la mirada y sonreía. No atinaba a nada más.

Luego, confesaría a ERCILLA que esto del premio, además de ser algo "muy lindo", lo tenía muy emocionado, porque le ha permitido comprobar "cuánto quiere uno a tanta gente y cómo lo quiere a uno tanta gente. Personas que yo no he visto hace mucho tiempo, me llaman, me escriben, me estimulan".

Y, con mucho humor, agrega: "Estoy viviendo una especie de síntesis que tiene alguna analogía con la muerte. Para los funerales se hace una síntesis; la gente se manifiesta. Yo estoy viviendo una especie de necrología en vida", comenta, riéndose de buena gana.

Cuenta que el más sorprendido con el premio es él mismo, "porque la historia no es mi principal actividad. ¿Cómo empecé en este campo? Mire, es una especie de glándula que siempre existió en mí y que me fue llevando inconscientemente por este camino. Una serie de coincidencias y la ayuda de gente extraordinaria como don Jaime Eyzaguirre, Guillermo Feliú Cruz y Eugenio Pereira Salas que fueron guiando una memoria y olfato innato mío. Porque yo, que no sé ni cómo me llamo, conozco los nombres de todos los personajes y fechas históricas. Increíble, ¿no?".

Su modestia lo lleva a obviar la autoría de dieciocho libros y más de doscientos artículos relativos a la historia de Chile. Entre sus obras en este campo destacan: "La ciudad chilena del siglo 18", "Los laicos en la cristianización de América" y "La sociedad de Chile austral antes de la colonización alemana".

Tan prolíficos como sus obras son los títulos que tiene: es miembro de la Academia Chilena de la Historia y de la Real Academia de Historia de Madrid, como asimismo de otras 36 instituciones nacionales e internacionales. Es también profesor de Historia Urbana de Chile en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica y de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de la misma casa de estudios. Y, como si esto fuera poco, acaba de ser nombrado vicepresidente de la recién creada Fundación Lucrecia León de Arrau, que tiene como objetivo difundir el arte y la cultura en Chile.

"Ora et labora"

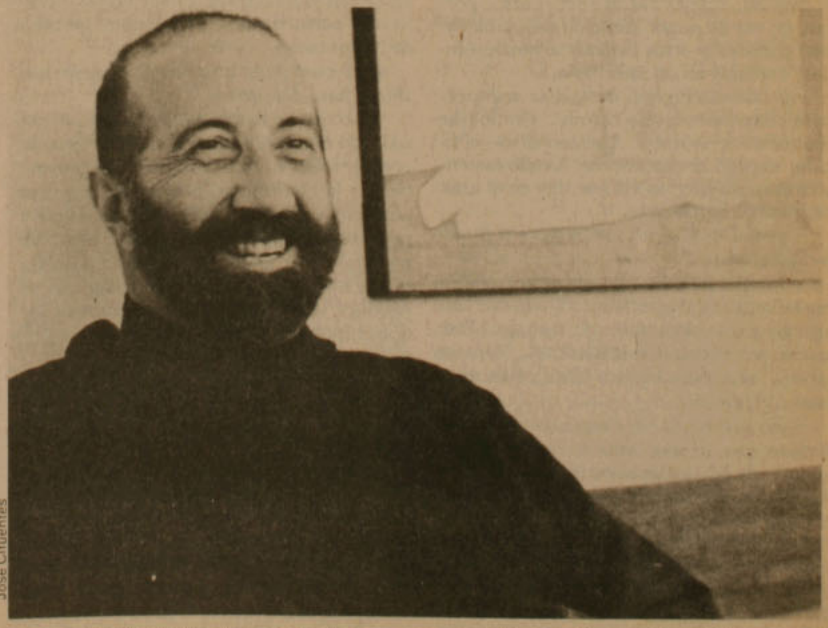
El padre Gabriel Guarda (56), arquitecto de profesión, siguiendo la costumbre de los benedictinos, se levanta todos los días a las 4.20 de la mañana para rezar los "maitines" (oración de la noche). Faltando veinte minutos para las seis reza los "laudes", y a las siete de la mañana concelebra la misa cantada. Trabaja en sus variadas investigaciones y proyectos, atiende a los novicios y a la juventud —en dirección espiritual—, y a las doce un cuarto de la mañana detiene su actividad para la oración meridiana.

A la hora de almuerzo, de acuerdo a un sistema rotativo, a veces le toca servir la mesa y otras leer un libro o documento para los demás, "que no siempre son libros religiosos, sino también de historia, viajes o novelas". Después, reza las "nonas" y a las seis de la tarde suspende sus actividades para orar nuevamente ("las vísperas"). La jornada termina pasadas las veintidós horas, después de dictar charlas a grupos de matrimonios, atender casos personales y otras tareas pastorales.

Vive junto a otros trece monjes ("hay desde profesionales hasta campesinos") en lo alto de un monte colindante al cerro Calán en Las Condes, en el monasterio que él mismo diseñó (cuya iglesia ha sido declarada monumento nacional) y que, según confiesa, es la obra arquitectónica que más lo enorgullece.

Por una especial concesión de su orden, puede salir un día de la semana —el jueves— para realizar sus múltiples tareas. Cuenta que habitualmente esta "salida" le produce una reacción emocional que se traduce a veces en insomnio por la cantidad de imágenes recibidas en la calle "muy distintas al ambiente que se vive en el monasterio, de paz, tranquilidad y contacto con la naturaleza".

Cómo ingresó al monasterio y cómo descubrió su vocación, es un secreto que no quiere revelar "porque pertenece a la inti-



José Cifuentes

Padre Gabriel Guarda: "Yo me saqué el Premio Nacional cuando entré al monasterio".

José Cifuentes

Frente al monasterio que él diseñó: la obra arquitectónica que más lo enorgullece.

midad del alma". Si cuenta con toda holgura que en su infancia (nació en Valdivia) fue un "perfecto desastre". Malo para el estudio, repitió varias veces curso, porque en vez de poner atención dibujaba casas, palacios y otras bellezas arquitectónicas. Terminó en un internado...

Fue cuando ingresó a estudiar arquitectura cuando enderezó camino. Era lo que realmente le gustaba. Apenas obtuvo el título, ingresó al monasterio. Desde ese entonces hasta hoy, su vida se rige en el afán de imitar a San Benito.

—¿Cuál es la gran característica de los benedictinos?

—Lo que pide San Benito es la oración; ésa es la gran característica. Y a la oración agrega otro elemento: el trabajo. Este puede ser manual o intelectual. "Ora et labora" es nuestro lema: y "Pax". Buscar la paz en el mundo.

—En ocasiones anteriores, usted ha señalado que lo que más le horroriza del mundo de hoy son la mentira y el afán desmedido por el dinero. ¿Sigue pensando lo mismo?

—Ha sido comprobado en los últimos tiempos que estos factores, sobre todo la codicia, el exceso de interés por el dinero han sido la causal de muchos males. La mentira, igualmente. Habría que agregar la violencia que se ha ido desarrollando cada vez más y que es un problema personal. No hay que echarle la culpa a nadie ni obedecer a otros o suponer estructuras que determinen esos factores. Puede haber incluso una perturbación mental en el germen de la violencia.

—¿Y cuál sería, a su juicio, el mejor antídoto para detenerla?

—Lo que se llama diálogo, aunque esa palabra está tan manoseada. Más bien, la comprensión mutua, la armonía, proyectada a la comunidad entera. Se requiere para ello una gran tolerancia, paciencia y ponerse en el plano y situación del otro. *No* hay que hacer al otro lo que *no* le gustaría que le hicieran a uno. Si uno aplica eso, se produce la armonía y estamos santificándonos, porque estamos viviendo así la primera virtud que es la caridad.

—Y esa armonía, ¿debiera buscarse también al interior de la Iglesia, que para la opinión de algunos aparece hoy bastante dividida?

—Siempre la Iglesia ha tenido elementos, no de división sino de diversidad de opiniones. Si uno lee el libro de los Hechos de los Apóstoles, si lee las cartas de San Pablo, va a ver que desde el siglo primero hay una diversidad de apreciaciones. Pero siempre se logra la armonía.

—Pero esa diferencia de opiniones, por ejemplo, en el tema de la llamada Teología de la Liberación, ¿no perjudica más de lo deseado a la Iglesia?

—Puede llegar a perjudicarla gravemente. Siempre en la Iglesia ha habido una discusión de temas en el plano académico; de la Teología. Eso no puede ser llevado al púlpito, a los fieles. En la misma época de Santo Tomás de Aquino hay grandes diferencias. Santo Tomás está en pugna y tiene equivocaciones en ciertas materias, pero todo eso está en la Universidad de París, en los grandes cenáculos académicos. La predicación al pueblo de Dios es la *doctrina segura*. Y, en este momento, tal vez, lo que haya es que se está entregando en el púlpito lo que debiera ser una discusión académica.

Pequeños "Santiaguitos"...

—Con la perspectiva del historiador, ¿cómo cree usted que se escribirá la historia de Chile de las dos últimas décadas?

—La información es tan variada y falta conocer todos los aspectos, por lo que resulta precario emitir un juicio al respecto. Le adelanto sí un dato: la Academia de la Historia ha tenido la iniciativa de juntar documentación de este periodo para poder ofrecer un archivo completo. Se está juntando toda la información, con testimonios de los protagonistas principales. Es una idea genial, porque permite recoger la historia con los testigos vivos.

—Si usted tuviera que trasladarse en el tiempo, ¿en qué período de la historia chilena le habría gustado vivir?

—¡Qué difícil!... Bueno, yo diría que en la época de Toesca...

—Y en el campo de la arquitectura, ¿cuál es su gran "maestro"?

—Joaquín Toesca.

—¿Qué le quitaría usted, como arquitecto, a la ciudad de Santiago?

—Su desidentificación y su fácil asimilación de lo foráneo. La arquitectura norteamericana metida en Santiago de Chile.

Y agrega, enfático:

"Me aterra ver Santiagos que son pequeños Nueva York; provincias que son pequeños Santiaguitos y pueblecitos que son pequeñas capitales de provincitas..."

—¿Y cómo remediaría esta falta de identidad?

—La identidad parte justamente al revés. Diciendo: nosotros somos esto, tenemos esto y ya está. Arreglemos lo que tenemos y no empecemos a destruirlo. El valor está en lo que tenemos.

—Y a Santiago, específicamente, ¿qué le agregaría usted?

—Le agregaría siempre buenos alcaldes, como el actual. Alcaldes que tengan la sensibilidad y también la humildad para asesorarse en los grandes problemas de la ciudad con aquellos que sí conocen la materia. La ciudad no es problema de uno, sino de todos.

M. Isabel Fernández ■